

EFICIENCIA

No siempre es correcto hacerse cargo de las herencias, sin introducir las rectificaciones esenciales que marquen el camino propio.

Acometer cualquier actividad es una empresa y, en ella, la eficiencia constituye un factor de excelencia. Es ésta una condición que permite lograr los efectos deseados en la forma más acabada y con los menores costos. Detrás de ella se descubren personas capaces y prudentes para alcanzar debidamente las metas.

En el mundo de la política, esta cualidad constituye una facultad indispensable para lograr el buen gobierno. Tanto para administrar los dineros que se recaudan mediante los impuestos, elemento material y tangible que requiere de buen manejo, como para llegar a las metas programáticas propuestas. Una cosa no quita la otra. Pero el segundo aspecto dispone o plantea finalidades intangibles, que se miden con una vara diferente: los costos y las ineficiencias se traducen en bienestar o en malestar de las personas.

Tratándose de políticas a realizar, si no son las adecuadas, aplicarse a ellas con eficiencia intensificará lo malo. Si son las pertinentes, en cambio, la debida y oportuna labor resaltarán lo bueno. En ambos casos la implementación afectará, para bien o para mal, a un número indefinido pero siempre muy grande de personas y a lo largo de mucho tiempo: el Transantiago degradó perdurablemente y en forma notable la calidad de vida de los santiaguinos, sin que se vea una solución para este problema. No siempre es correcto hacerse cargo de las herencias, sin introducir las rectificaciones esenciales que marquen el camino propio, aquel que identifica y genera adhesiones.

En los comienzos del gobierno militar, la Marina colocó a un teniente con PhD en educación en un cargo clave de ese ministerio. Desde allí orientó su esfuerzo a "eficientar" las innovaciones introducidas pocos años antes, sin analizar los objetivos de ellas y la posibilidad de lograr las metas de excelencia que se esperaban. El resultado lo tenemos a la vista en el Simce que, luego de más de 30 años, muestra que la educación está lejos de alcanzar estándares mínimos. Más grave aún, esta calamidad la percibimos cotidianamente cuando una parte creciente de la población desconoce la necesidad de compartir valores y conocimientos básicos para sustentar la vida colectiva.

Una buena máquina bien conducida es fundamental para mover con eficiencia una gran embarcación. Sin embargo, cuando el mar no está tranquilo y enormes olas se montan sobre la proa, es prudente desacelerar a tiempo para evitar que la nave se vaya por ojo, el peor desastre que temen los marinos.

Por Adolfo Ibáñez Santa María
Emol 07 06 2010